

¡Fuego del cielo!

Adaptación de 1 de Reyes 18:1-45

Habían pasado tres años desde que el profeta Elías había anunciado en la corte del rey Acab la venida de la gran sequía. Había pasado parte de ese tiempo junto al arroyo Querib y otra parte con la viuda de Sarepta. Muchas veces, durante esos largos días, debió preguntarse qué le tendría deparado el Señor a Su pueblo. ¿Habría aprendido el pueblo de Israel la lección? ¿Estarían dispuestos a renunciar a sus ídolos? Algún día el Señor pondría fin a la sequía, pero ¿cómo y cuando?

—Vé, muéstrate a Acab —dijo el Señor a Elías— y Yo mandaré lluvia a la

tierra.

Elías partió entonces rumbo a Samaria a 250 kilómetros al sur de Sarepta. En el camino se encontró con Abdías, el mayordomo de la casa del rey Acab, quien buscaba hierba para sus caballos y mulas sobrevivientes. Abdías era uno de los pocos dirigentes que había permanecido leal al Dios del cielo y había demostrado valientemente su lealtad ocultando y alimentando a cien de los profetas de Dios en cuevas cuando la reina Jezabel había tratado de matarlos.

Al reconocer a Elías, se arrodilló ante él y le dijo:

—¿No eres tú mi señor Elías?

—Yo soy —respondió Elías—, ve y dile al rey Acab que aquí está Elías.

—No puedo —dijo Abdías—, el rey Acab ha estado buscándote por todas partes. Le han llegado muchos falsos rumores acerca de dónde te han visto, y eso solo ha enardecido más al rey. Ahora, si le digo al rey Acab que estás aquí y luego descubre que has desaparecido una vez más,

me matará.

—Vive el Señor, en cuya presencia estoy —dijo Elías—, que hoy me mostraré a él.

Abdías le creyó y se fue a dar aviso al rey. Al oír las nuevas, el rey Acab se dirigió de inmediato al lugar donde su siervo dijo que encontraría a Elías. El profeta aún estaba allí.

—¿Eres tú el que perturba a Israel? —preguntó el rey Acab mientras se acercaba en su caballo a Elías.

Encontrarás otro relato sobre la vida del profeta Elías en «Hazme una torta».

—Yo no he perturbado a Israel —respondió Elías si acobardarse—. Eres tú y la casa de tu padre dejando los mandamientos de Dios y siguiendo a Baal. Ahora, reúne conmigo a todo Israel en el monte Carmelo y los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal, y también a los cuatrocientos profetas de Asera que comen de la mesa de Jezabel.

Dios le había mostrado a Elías un plan. Era hora de una confrontación. El pueblo tendría que decidir de una vez por todas si iba a servir al Dios del cielo o a los falsos dioses, cuyos ídolos habían sido levantados en todo el país. Así fue que el rey envió mensajeros a convocar a la gente para que se congregara en el monte Carmelo.

Al poco tiempo, miles de hombres, mujeres y niños se dirigían masivamente al lugar señalado. Ninguno de ellos sabía muy bien para qué iba allí; lo hacían solo porque el rey lo había ordenado. Corría el rumor de que Elías se haría presente, pero nadie lo creía. En los tres años anteriores habían circulado varias historias semejantes acerca del profeta, pero nunca había aparecido. ¿Acaso no había estado el rey buscándole desde hacía mucho tiempo?

A los empujones y empellones, la gente ascendía al monte Carmelo con gran esfuerzo hasta que las laderas estaban cubiertas de gente. Aguardaron toda la noche hasta la madrugada.

Temprano a la mañana alguien gritó:

—¡Ahí está! ¡Ahí lo veo! ¡Elías está aquí!

La noticia circuló entre la multitud que aguardaba, los hombres y las mujeres se estiraban para tratar de ver al hombre que se había atrevido a desafiar al rey, mientras los niños se esforzaban por adelantarse para poder ver mejor.

—¡Silencio! —gritó alguien—. ¡Silencio! Quiere hablarnos. Elías está hablando.

La multitud acalló su murmullo. Desde la cima del monte se oyó aquella poderosa voz que una vez se había oído en la corte del rey Acab.

—¿Hasta cuándo claudicaréis entre dos pensamientos? —gritó el profeta—. ¡Si el Señor es Dios, seguid-le; pero si Baal

es dios, id en pos de él!

Nadie respondió nada. Elías continuó:

—Solo yo he quedado como profeta de Dios; mas de los profetas de Baal hay cuatrocientos cincuenta. Denos dos bueyes, y que los profetas de Baal escojan uno, que lo corten en pedazos y lo pon-gan sobre leña, pero que no pongan fuego debajo, y yo haré lo mismo con el otro buey. Los profetas de Baal que lo invoquen, y yo invocaré el nombre del Señor. Y el Dios que respondiere con fuego, ése sea Dios.

—Bien dicho; nos parece justo —respondió la gente, entusiasmada de ver puestos a prueba los poderes de dos dioses rivales. De ahí en más observaban detenidamente y prestaban suma atención.

—Escojan ustedes un buey
—dijo Elías dirigiéndose
a los profetas de Baal—,
prepárenlo primero y luego
invoquen el nombre de sus
dioses para que envíen fuego.

Contentos de la oportunidad
que se les presentaba de
probar que Baal era el dios
más poderoso de la tierra,
los profetas tomaron un
buey, lo cortaron y colocaron
los trozos sobre el altar que
habían construido. Luego
comenzaron a implorarle a su
dios que enviara fuego para
quemar la ofrenda.

—¡Oh, Baal, respóndenos!
—gritaron, y comenzaron a

saltar alrededor del altar—.
¡Oh, Baal, escúchanos!

Pero no había señal de fuego,
ni palabra alguna de Baal.

Continuaron gritando y
bailando alocadamente
durante toda la mañana. Al
mediodía, Elías se burlaba de
ellos diciendo:

—Griten más alto, quizás
ha salido de viaje; tal
vez duerme y hay que
despertarle.

Al oír esto gritaban aún más
fuerte y se cortaban con
cuchillos hasta sangrar. Pasó
el mediodía, llegó la tarde y
el sol comenzó a ponerse, y

Baal seguía sin responder.

Entonces Elías volvió a
hablar a la gente que para
entonces estaba sin duda
muy agotada y decepcionada
ante el fracaso de los profetas
de Baal.

—Acérquense a mí —gritó
y la gente se agolpó a su
alrededor.

Observaron cómo reparaba
el olvidado altar del Señor
que una vez había estado
en la cima del monte pero
que había sido derrumbado.
Tomó doce piedras, una
por cada una de las doce
tribus de Israel, reconstruyó

el altar y luego cavó una
zanja alrededor de él. A
continuación, cortó el buey
en pedazos y lo puso sobre la
leña.

—Llenen cuatro cántaros de
agua y derrámenla sobre el
holocausto y sobre la leña
—dijo ante el asombro de
todos.

Algunos probablemente se
rieron y dijeron:

—¿Acaso espera que arda,
mojado como está?

Si Elías lo oyó, no le prestó
atención alguna.

—Háganlo otra vez —dijo, y
lo hicieron.

—Háganlo por tercera vez —dijo, y el holocausto fue empapado una vez más hasta que el agua había llenado la zanja. Ya nadie podría decir que él mismo había prendido fuego a la ofrenda.

De pronto se hizo un gran silencio sobre la multitud mientras Elías oraba en voz alta. Todos prestaban mucha atención, incluso los profetas de Baal que habían cesado sus gritos.

—¡Señor Dios de Abraham, de Isaac y de Israel!
—exclamó—. Sea hoy

manifiesto que Tú eres Dios en Israel, y que yo soy Tu siervo, y que por mandato Tuyo he hecho estas cosas. Respóndeme Señor, respóndeme, para que este pueblo conozca que Tú, oh Señor, eres Dios.

Apenas Elías había terminado de orar cuando descendieron llamas del cielo y consumieron y quemaron el holocausto, junto con la leña, las piedras y el polvo, y lamieron el agua que estaba en la zanja. ¡Fue una escena asombrosa, de esas que nunca se olvidan!

Aterrorizado, el pueblo se postró clamando:

—¡El Señor es Dios! ¡El Señor es Dios!

Entonces, Elías mandó al pueblo prender a los profetas de Baal y los llevó al arroyo de Cisón donde él mismo los mató para purgar la nación de su maldad.

Luego, tras instruir al rey Acab para que se preparara para la lluvia, Elías subió a la cima del monte Carmelo y se postró en oración.

—Ve y mira hacia el mar
—le ordenó a su criado.

—No hay nada —dijo el criado cuando regresó.

—Ve de nuevo —le ordenó siete veces.

La séptima vez, el criado regresó diciendo:

—Veo una nube pequeña como la mano de un hombre que sube del mar.

Poco después, los cielos se oscurecieron con nubes y viento, y en respuesta a la oración persistente de Elías hubo una gran lluvia.

Si quieres conocer más sobre este fascinante personaje de la Biblia lee «Héroe de la Biblia: Elías».